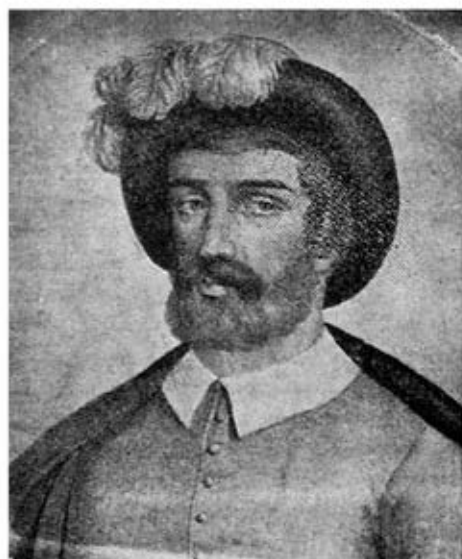


A CUATROCIENTOS CINCUENTA AÑOS DE LA MUERTE DE JUAN SEBASTIAN DE ELCANO

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade
Capitán de navío (R), Armada de Chile
Academia Chilena de la Historia



Juan Sebastián de Elcano



NO RESULTA posible explicar con certeza el impulso que motivó los grandes descubrimientos geográficos sin recurrir a los hechos históricos coetáneos, cuya influencia, material, moral o política, determinó la corriente exploradora. Sería un error atribuirlos especialmente a la voluntad del príncipe portugués Enrique el Navegante. Era una idea predominante en Europa. Es preciso tener en cuenta para determinar las causas de los descubrimientos, los incentivos que había para ellos. La formación del capitalismo inicial había desarrollado el espíritu de lucro y con él el deseo de dominar los mercados y las rutas del Extremo Oriente, de cuyos países procedían las especias, el incienso, la seda y las piedras preciosas, materias básicas del comercio de aquella época. ¡La pimienta era tan apreciada, que servía de moneda!

Las islas de la Sonda y las costas de la India eran grandes proveedores y de allí también los intermediarios árabes y persas enviaban clavo, pimienta, azafrán y otras plantas aromáticas hacia los puertos

del Mediterráneo. El azúcar constituía, asimismo, al igual que las anteriores, una mercancía del más alto valor, tanto por su rareza como por su extraordinario consumo en la farmacia y el arte culinario de la época. Un quintal de clavo de olor comprado por unos ducados portugueses a los productores de las islas Molucas, costaba 50 ducados en las Indias y 213 en Londres. De allí que el afán de enriquecerse inducía a los príncipes y mercaderes a sustituir a los árabes como intermediarios exclusivos del tráfico de estos productos entre Oriente (India y las islas de las Especies) y Occidente, mucho antes que los turcos bloquearan los puertos de Siria y Egipto en 1515-1517 y para eso había que costear África para ir a aprovisionarse en la misma fuente de producción.

Pero los motivos no eran exclusivamente económicos. Existía la obsesión de la búsqueda del misterioso reino cristiano del Preste Juan, que se suponía emplazado en África o Asia; de hallar el Paraíso Terrenal, y de convertir a los salvajes al cristianismo, como reflejo del espíritu de las Cruzadas de la Edad Media y del de misión, de los nuevos tiempos que se vivían. Por otra parte, existía el incentivo de la aventura, despertado por las narraciones de inverosímiles viajes, como los de Juan de Mende y Marco Polo y los mitos prodigiosos de ignorados países (fuente de la eterna juventud, El Dorado, tierra de las Amazonas, isla de las Siete Ciudades, etc.) que fueron divulgados por la imprenta y aceptados por los hombres del Renacimiento.

Por último, para no abundar en un tema asaz prolongado, nos referiremos a las naciones realizadoras. Al trasladarse el comercio mundial del Mediterráneo al Atlántico, todos los países de la costa occidental de Europa se beneficiaron de su posición geográfica. Desde Gibraltar al Mar del Norte, en España, Portugal, Francia, Países Bajos e Inglaterra, se incuban los elementos de las futuras expediciones descubridoras. Pero son los dos pueblos de la Península Ibérica los que logran, en la primera etapa de los grandes descubrimientos, realizar las empresas básicas: llegar a la India, descubrir América y circunnavegar el globo.

Pasaremos por alto las misiones enviadas por Enrique el Navegante hacia el

África; a Colón, Vasco de Gama, Balboa, Cabral y otros, para remitirnos a primer viaje de circunnavegación iniciado por Hernando de Magallanes y terminado por Sebastián de Elcano, el primero que registran los anales de la Historia.

No biografiaremos a Magallanes, porque de la vida de Elcano se desprende gran parte de la suya y de su hazaña. El primero fue el impulsor del viaje y el segundo, a la muerte de su jefe, terminó siendo el primer célebre navegante que dio la vuelta al mundo, después de duras penalidades.

Juan Sebastián de Elcano nació en Guetaria (Guipúzcoa) probablemente en 1476, es decir, hace 500 años, pero como esta fecha no es segura y sí la de su muerte, ocurrida en el Océano Pacífico el 4 de agosto de 1526, queremos rendir un homenaje en esta Revista a los 450 años de su fallecimiento.

Se supone que sus antepasados fueron nobles, pero sus principios fueron relativamente humildes. Desde corta edad dedicó sus actividades a la pesca y según parece también realizó en su juventud algunos viajes con contrabando a Francia. Acostumbrado como estaba a la vida del mar, se fue a Sevilla con una nave de 200 toneladas de su propiedad y se incorporó a la expedición que contra las costas del norte de África organizó el cardenal Cisneros. Allí prestó destacados servicios en la conquista de Orán (1509). Sin recursos para pagar y mantener a su gente por no percibirlos del gobierno, se vio obligado a pedir dinero prestado a unos mercaderes saboyanos; pero al no poder devolverlo a su vencimiento, se vio forzado a vender su barco a sus acreedores, viviendo algún tiempo retirado, pues temía ser perseguido y sometido a un severo castigo, porque entonces estaba prohibida la venta de naves a los extranjeros. Los historiadores no han registrado mayores datos sobre la juventud de Elcano.

En 1519, residiendo en Sevilla, conoció a los portugueses Fernando o Hernando de Magallanes y Ruy Falero, que habían ofrecido sus servicios al rey de España para descubrir una ruta que permitiera llegar a las Indias de Oriente (Molucas y otras) por occidente, contra-

ria a la que seguían por el Cabo de Buena Esperanza los navegantes lusitanos. Aceptado por el monarca el plan de Magallanes, comenzó éste a reclutar gente para la tripulación de los buques. Acudió Elcano a presentarse y no sólo fue admitido de inmediato, sino que fue nombrado maestro de la nao "Concepción".

Magallanes logró reunir cinco naves: la "Trinidad", de 110 toneladas, cuyo mando tomó, así como el de comandante en jefe de la expedición; "Concepción" de 90, mandada por Gaspar de Quesada; "San Antonio", de 120, por Juan de Cartagena; "Victoria", de 85, por Luis de Mendoza, y "Santiago", de 75, a cuyo mando iba Juan Serrano. Entre todos los buques iba un total de 239 tripulantes. Salieron de Sevilla el 1º de agosto y de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519 con rumbo hacia las Canarias, tocaron en Tenerife para faena de víveres y de aguada y de allí siguieron a las islas del Cabo Verde, desde donde continuaron por el Atlántico hacia las costas de Sudamérica. Reconocieron el Río de la Plata el 11 de enero de 1520 y dieron nombre a cierto cerro en forma de sombrero que llamaron Monte Vidi, el actual Montevideo. La "Santiago" exploró el río durante 15 días, para ver si se trataba de un paso al Mar del Sur, fracasando. Luego la flotilla siguió al sur.

Cerca de Bahía Blanca la "Victoria" se varó, aunque sin gran importancia; poco después descubrieron una gran bahía, que designaron San Matías y en el último día de marzo entraron en San Julián, en la costa patagónica, donde invernarón.

Descontenta la gente, se amotinó contra Magallanes, apoderándose de la "San Antonio", de la que nombraron capitán a Juan Sebastián Elcano. Magallanes, sin embargo, pudo dominar la insurrección, administrando severa justicia, condenando a muerte a dos de los capitanes sublevados. Elcano, sofocada la rebelión, volvió a su antiguo cargo, pero quedó preso a bordo.

Después de cinco meses de internada en San Julián, durante la cual se exploró tierra adentro, la "Santiago" se perdió, salvándose afortunadamente sus tripulantes. Los cuatro buques restantes salieron el 20 de agosto de 1520 y siguieron al sur y el 21 de octubre avistaron el Ca-

bo que Magallanes llamó de las Once Mil Vírgenes (en 52 grados de latitud sur). Después de algunos reconocimientos, la nao "Victoria" encontró una abertura que resultó ser un estrecho, por lo cual algunos lo llamaron "de la Victoria". Los buques se internaron valientemente y Magallanes le denominó de Todos los Santos por haber entrado a él el 1º de noviembre. La "San Antonio" fue echada afuera por la corriente; se amotinó su tripulación y obligó al capitán a regresar a España.

Los expedicionarios sufrieron en el Estrecho multitud de penalidades y, por fin, el 27 de noviembre de 1520 salieron al océano las tres naves que quedaban, tocaron algunas islas despobladas y estériles que llamaron las Desventuradas. Al gran mar lo denominaron Océano Pacífico, pues lo encontraron con tiempo muy favorable que les permitió hacer singladuras hasta de 70 leguas.

Siguieron al norte, cortando el ecuador el 6 de mayo de 1521 y llegaron a las islas Marianas, a las que Magallanes dio el nombre de las Velas Latinas o de los Ladrones por el afán constante de los nativos de llevarse cuanto podían de a bordo. Rellenaron aguada y obtuvieron gran cantidad de víveres, lo que les permitió llegar con cierto alivio a las Filipinas, que el jefe de la expedición llamó islas de San Lázaro, en una de las cuales, Cebú, los indígenas de Mactán, otra de las pequeñas islas al centro del gran archipiélago, mataron al insigne portugués, atacado por 3.000 aborígenes, no teniendo él para su defensa más que 40 hombres de sus dotaciones. Esto ocurrió el 27 de abril de 1521. Fue proclamado en seguida capitán general, Juan Carvallo, por muerte de Duarte de Mendoza, asesinado igualmente en Cebú, después de un banquete "de desagravio" por la muerte de Magallanes que dio el rey de esta isla, el cual no fue más que una vil celada en la que murieron 35 españoles.

Siguieron las exploraciones, visitando Bohol y Quipit, en la costa norte de Mindanao. En Bohol, por falta de gente, pues sólo quedaban 115 hombres (habían muerto desde la salida 74) decidieron quemar la más vieja de las embarcaciones, la "Concepción". (Anotaciones de Antonio Pigafetta, cronista de la expedición).

Después fueron a la isla de Borneo y Paragua, efectuando numerosos intercambios con los naturales y siempre aprovisionándose de víveres. En Borneo desembarcó el capitán Gonzalo Gómez de Espinosa acompañado de Sebastián de Elcano y algunos hombres a visitar al rey de dicha isla. Pero al acercárseles 260 canoas en ademán hostil, debieron los expedicionarios regresar a bordo y hacerse a la vela. No obstante esta medida precautoria, dos o tres tripulantes cayeron en poder de los aborígenes. Sus buques habían sido reparados durante 37 días y entretanto se fraguó un complot para quitarle el mando al incapaz Carvalho, tomando parte en él Juan Sebastián de Elcano. La conjura triunfó y se nombró capitán general a Gonzalo Gómez de Espinosa y capitán de la "Victoria" a Elcano. De esta manera, éste pasó a ser el principal personaje de la flotilla, pues era el más entendido en pilotaje y considerado como el más honesto de la partida. Se le nombró tesorero y éste fue un gran acierto.

La "Trinidad" y la "Victoria", únicos buques que quedaban de la expedición primitiva, pusieron rumbo hacia las Molucas, pasando por Quispit, archipiélago de Joló, islas de Siam, Paguisara, Suar y Mean. El 8 de noviembre llegaron por fin a las Molucas, con gran alegría, pues habían descubierto el camino a las Indias Orientales. Desembarcaron en Tidore y establecieron amistosas relaciones con el rey Almanzor, que les proporcionó toda clase de víveres y sobre todo, gran cantidad de especias, papagayos, aves del paraíso disecadas y algunos jóvenes deseosos de conocer otros pueblos. Almanzor hizo venir de la isla Ternate al portugués Pedro Alfonso de Lorosa que habían los expedicionarios dejado allí en contacto con el rey de esa isla. Este les manifestó que en Malaca se hablaba mucho de los españoles y que el rey de Portugal había adecuado al capitán general de las Indias, Diego López de Sequeira, se dirigiese contra los españoles, órdenes que no pudieron cumplirse.

Ante estas noticias, los hispanos decidieron regresar a España; pero cuando ya estaban listos, hubo necesidad de descargar la "Trinidad" por hacer mucha agua. Se varó en tierra y tras un consejo formado por Gómez de Espinosa, Elcano y

el maestro Juan Bautista de Pontevedre, decidieron que la "Victoria" partiese sola aprovechando la época de los vientos favorables e hiciere la derrota por la ruta que normalmente hacían los portugueses, es decir, por el Cabo de Buena Esperanza. La nave capitana, la "Trinidad" haría el viaje de vuelta por el Pacífico hasta Panamá. Elcano partió el 21 de diciembre de 1521 de regreso a España, con 60 expedicionarios y 13 indios, llevando para el rey de Castilla muchos quintales de clavos de olor y otras especias y numerosos animales raros, así como cartas de los reyes de las Molucas y otros regalos.

La aventura que iba a correr Elcano era ahora mucho más riesgosa que la primera etapa desarrollada por Hernando de Magallanes, por cuanto los mares que debía recorrer eran virtualmente enemigos, pues correspondían a la porción geográfica que el Tratado de Tordesillas, impulsado por el Papa, le asignaba a Portugal y estaban surcados por naves armadas de esa nación rival en los descubrimientos. Además, no eran precisamente conocidos por su buen tiempo, sino todo lo contrario. Por algo al Cabo de Buena Esperanza se le llamaba también Cabo de las Tormentas. La "Victoria" estaba en muy mal estado; no obstante, Elcano, sin miedo a lo desconocido y con un gran instinto geográfico y naval, siguió adelante recorriendo algunas islas y en Malúa reparó su nave.

Pasó a Timor el 26 de enero de 1522 y embarcó sándalo blanco, canela y víveres frescos. Tocó luego en Bombay donde le desertaron dos hombres por temor a un castigo. Eludió cuanto establecimiento portugués hubiera en su ruta, así como las derrotas que usualmente ellos seguían y navegó un mes lejos de costa desde la salida de Timor, y nueve semanas más en las inmediaciones del Cabo de Buena Esperanza, sin poderlo doblar por causa de las corrientes adversas, recalando a unas 160 millas del Río del Infante. En las cercanías del Cabo tuvo serias averías en el palo y una verga de trinquete. La maltratada "Victoria" hacía agua cada vez en mayor cantidad y de su tripulación la mayor parte estaban enfermos; disponía a bordo sólo de arroz por todo alimento. La única solución para sus problemas era recalar en Mozambique, pero como éste era enemigo, Elcano pre-

firió que todos sucumbiesen antes que los frutos de la sacrificada expedición cayesen en manos de los portugueses.

Había perdido mucha gente y desde la salida de las Molucas cada semana uno o dos cadáveres eran echados al agua. El 19 de mayo de 1522 logró, al fin, doblar el Cabo de Buena Esperanza.

Afortunadamente halló tiempos más bonancibles hacia las islas del Cabo Verde y el 9 de julio fondeó en el puerto de Río Grande, en la isla de Santiago. Al principio, el gobernador portugués creyó que el buque procedía de las Antillas y facilitó a Elcano los víveres que precisaba, pero, al enterarse de la verdad, ordenó su captura, la que fue evitada por Elcano escapando a toda vela, a pesar de las averías del buque y de que su tripulación se componía únicamente de 22 hombres, cansados y enfermos, pues en Cabo Verde quedaron 13 prisioneros de los portugueses.

Navegó así 22 días, con el buque haciendo agua y por ello la exhausta tripulación hubo de emplearse en las primitivas bombas de achique. Por último, el 4 de septiembre avistaron el Cabo San Vicente y el 6 entraban en Sanlúcar, casi al filo de los tres años de su salida del mismo puerto. Dos días más tarde, la "Victoria" atracaba al muelle de Sevilla, después de haber recorrido más de 450.000 millas y cruzado cuatro veces el ecuador. Desde las Molucas hasta Sevilla, Elcano había perdido 52 hombres. Sevilla tuvo el honor de presenciar el conmovedor espectáculo, cuando 18 tripulantes de la "Victoria", doce españoles y seis extranjeros, fueron descalzos y en mangas de camisa a las iglesias de Nuestra Señora de la Victoria y Santa María de la Antigua, con una vela en la mano, a cumplir el piadoso voto que habían hecho durante su penosa travesía los 237 hombres que embarcaron con Magallanes.

Elcano partió a Valladolid, donde estaba el emperador Carlos V, para que éste viese a los naturales de las Molucas que habían podido llegar vivos y entregarle los regalos de aquellos reyes.

El emperador le otorgó un escudo de armas con un globo terráqueo sobre la cimera con la divisa "Primus circumdixi me", poniendo así de manifiesto la esfericidad de la Tierra y que Juan Se-

bastián de Elcano había sido el primero en dar la vuelta al mundo. El escudo de armas estaba partido en dos mitades, la superior con un castillo dorado en campo rojo y la inferior con dos palos de canela, tres nueces moscadas en aspa, y dos clavos de especias en campo dorado, teniendo encima un yelmo cerrado y por cimera un globo terráqueo, sobre la cual el lema que hemos descrito.

Ordenó el monarca que se incoase un proceso de averiguación de la conducta de Magallanes, del cual éste salió ileso. Elcano, culpable de rebelión, fue perdonado e incluso obtuvo una pensión vitalicia de 500 ducados, que nunca consiguió cobrar, ni él ni su familia, y el perdón de la pena por haber vendido, después de la expedición al norte de África, su nave a los saboyanos. Volvió luego a la corte pidiendo se le asegurase "una subsistencia decente o que se le concediese el privilegio de servir de nuevo". Por estar su vida amenazada, se le dieron dos hombres como protección.

A la nao "Victoria" se pensó conservarla como un venerable monumento nacional en la Atarazana de Sevilla; pero el historiador español contemporáneo de Elcano, Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés (1478-1557) en su notable "Historia natural y general de las Indias" señala que el buque hizo algunos viajes entre Sevilla y la isla de Santo Domingo, perdiéndose al fin cuando regresaba a España.

El rey de Portugal, Juan III, pidió al emperador Carlos V no enviase ninguna escuadra a las Molucas hasta definir en qué demarcación quedaban, según la línea divisoria del Papa Alejandro VI. Para ello se reunió en Badajoz en 1524 una comisión de cosmógrafos españoles y portugueses, formando parte de ella Juan Sebastián Elcano. No hubo acuerdo y Carlos V decidió enviar otra expedición a las Molucas, siguiendo la ruta de Magallanes, para asegurar la supremacía española en esos lugares y proseguir la compra del clavo y demás especias.

Al conocer Elcano que el emperador había ordenado armar una escuadra en La Coruña para ir a las Molucas, partió a Portugaleta, donde construyó cuatro naves con intención de ofrecérselas al monarca para ese fin. Luego fue a Guetaria, su ciudad natal, para que allí sus parien-

tes y amigos le ayudasen en cualquiera forma, con recursos, fortuna, influencias o con sus propias personas.

Con sus barcos terminados se fue a La Coruña, donde consiguió ser admitido en la Armada que mandaba el comendador de Rodas, García Jofré de Loaisa. Esta quedó constituida por siete naves, con una dotación de 450 hombres. Juan Sebastián de Elcano era el comandante de la nao "Sancti Spiritus", siendo a la vez piloto mayor y guía de la expedición y el segundo jefe de ella. La nave capitana era la "Santa María de la Victoria", mandada por Loaisa. Las otras, para completar las siete, eran la "Anunciada", la "Santa María del Parral", la "San Lesmes" y dos cuyos nombres el autor de este artículo no ha podido descubrir. Entre los expedicionarios figuraba como ayudante el famoso marino, religioso y escritor español D. Andrés de Urdaneta, quien desde muy joven se dedicó a la carrera de las armas, distinguiéndose en las guerras de Alemania e Italia y por su valor personal conquistó el grado de capitán. Después, vuelto a España, se dedicó a la Marina tomando parte en toda la guerra con los portugueses. Por último, tomó el hábito de San Agustín y murió en México. Entre sus obras figuran "Relación escrita y presentada al emperador por Andrés de Urdaneta de los sucesos de la Armada del comendador Loaisa desde el 24 de julio de 1525 hasta el año 1535" y otras sobre derroteros y navegación.

Partió la Armada de La Coruña el 24 de julio de 1525 dirigiéndose a la Gomera y desde allí a la isla de San Mateo, cambiando rumbo hacia el Estrecho de Magallanes. En la travesía sufrieron innumerables dificultades. Por extravío de Loaisa con su capitana, tomó Elcano el mando de la expedición. El 14 de enero de 1526 entraron al Estrecho de Magallanes. La "Sancti Spiritus" se perdió contra la costa en un temporal, pudiendo salvarse Elcano, que pasó a comandar la "Anunciada".

Además se habían extraviado dos naves, aparte de la capitana, de modo que seguían a la "Anunciada", la "Santa María del Parral" y la "San Lesmes". Trató Elcano de tomar el Estrecho con ellas, pero antes de pasar la Primera Angostura, un furioso mal tiempo del suroeste casi acabó con las naves.

La capitana, "Santa María de la Victoria", de Loaisa, apareció el 24 de enero de 1526 y con ella las otras dos naves. La "San Lesmes", mandada por Francisco de Hoces, fue empujada por un fortísimo temporal a correr hacia el sur, llegando "hasta donde aparecía el acabamiento de la tierra", descubriéndose así por primera vez el Cabo de Hornos. (Shouten y Le Maire lo pasaron y le dieron el nombre el 31 de enero de 1616, noventa años más tarde).

Elcano, obligado por Loaisa, se transbordó a la "Santa María de la Victoria" y después de 51 días de grandes esfuerzos pudieron atravesar el Estrecho de Magallanes y llegar al Pacífico, donde no haciendo honor a su nombre, este océano los recibió con enormes tempestades. Elcano comenzó a desfallecer, resentida su salud por tantas penalidades; su cuerpo robusto ya no era el mismo y decidió hacer su testamento ante Iñigo Artés de Perea, contador de la nave capitana, el 26 de julio de 1526. Mientras ocurría este acto testamentario, enfermó y murió Loaisa. El mando lo tomó Elcano, que no ejerció más de cinco días, pues el 4 de agosto de 1526 se oyó, después de un breve murmullo de rezos, el ruido de un cuerpo arrojado al agua; eran los funerales del primer marino que dio la vuelta al mundo.

Siete años después su madre reclamaba en vano el pago de los sueldos devengados por su hijo; pero si sus contemporáneos fueron ingratos con este ilustre vasco, un paisano suyo, don Pedro de Echave, costeó en 1671, ciento cuarenta y cinco años más tarde, una losa para la tumba de la familia de Elcano, con esta inscripción: "Esta es la sepultura del insigne capitán Juan Sebastián de Elcano, vecino y natural de esta noble y leal villa de Guetaria, que fue el primero que dio la vuelta al mundo en el navío "Victoria" y en memoria de este héroe animoso, mandó poner esta losa don Pedro de Echave y Asu, caballero de la orden de Calatrava, año 1671. Rueguen a Dios por el primer "Circumdidi me". Don Miguel de Argote, también vecino de Guetaria, erigió a sus expensas, en 1880, una hermosa estatua de mármol blanco, labrada por el escultor Alonso Bergaz, en la plaza pública, a la entrada del pueblo, sobre pedestal también de mármol y con ins-

cripciones en latín, vascuense y castellano, que fue derruida durante la primera guerra civil. La Junta General celebrada en la misma villa en 1859, con espontáneo espíritu patriótico, acordó perpetuar la memoria del insigne navegante, erigiéndole una estatua entre la población y el muelle, que fue fundida en bronce en París e inaugurada solemnemente en Gue-taria el 28 de mayo de 1861. En uno de los patios del Ministerio de Estado, se conserva otra estatua de Elcano, de gran mérito, debido al ilustre escultor Ricardo Bellver. En el pedestal de esta obra escultórica se leen los siguientes versos:

"Por tierra y por mar profundo
con imán y derrotero
un vascongado el primero
dio la vuelta a todo el mundo".

Una de las formas de hacer justicia a un hombre honesto, gran profesional, marino desde niño y que sólo su capacidad, entereza y espíritu de sacrificio lo ponen a la altura de los grandes navegantes y exploradores de la Historia.

El nombre de este insigne español ha sido motivo de controversias sobre si era Juan Sebastián de Elcano o bien de el Cano, pero el origen vasco de su familia y el que sus parientes hayan conservado

hasta hoy el apellido tal como nosotros lo escribimos, nos hace creer, sin duda alguna, que así es y así debe conservarse para la posteridad.

La Armada de España, fiel a sus gloriosas tradiciones, mantiene a su buque escuela con el nombre de este gran navegante para pasear su nombre por todos los lugares del mundo, rindiendo con ello un merecido homenaje al primer hombre conocido que haya dado la primera circunvalación al mundo.

Bibliografía:

- Historia General Moderna. Del Renacimiento a la crisis del siglo XX. Tomo I. Jaime Vicens Vives. Edit. Montaner y Simón. Barcelona. 1951.
- Historama. Tomo V - Jacques - Francis Rolland. Edit. Codex S.A. 1965. Madrid.
- Enciclopedia Cultural Uteha. Tomo VI. México. 1957.
- Enciclopedia General del Mar. Tomo III. Garriga. Madrid - Barcelona.
- Enciclopedia Espasa. Tomo X.
- Enciclopedia Universal Sopena. Tomo 3. Madrid. 1964.
- Relatos de Antonio Pigafetta, cronista de la expedición de Magallanes.

